

## DEMOSTRACIÓN

Si el color de todas las mujeres del mundo  
fuera uno solo  
mi corazón estaría cerrado al desengaño.  
Si el color de todas las mujeres del mundo  
se me nublara  
el amor sería entonces para mí fecundo.

Y sin pedir ni siquiera esta tregua,  
sin hablar de ninguno de los temas que apasionan al erudito  
    hoy día  
voy a tener que limitar mi secuencia erótica  
porque no puedo luchar  
contra mi propia corriente interminable.  
Tendré que olvidar un par de casos imposibles  
antes de llegar al descubrimiento que me anhela  
y que no puedo evitar,  
para que los domingos por la tarde  
mis paseos no se conviertan en recursos escapistas.

Hay que tenerlo todo en cuenta,  
Tengo que demostrar mi insignificancia  
a cada escéptico  
antes de que la risa sea posible,  
antes de que cualquier monstruo de una sola cabeza  
me demuestre palpablemente que todo está ya preparado  
y que también mi propio ego está implicado,  
que yo también me busco en la mentira  
y que ni siquiera aquella discusión era estéril.  
Pero no sé cómo alcanzar a separarme,  
no sé cómo podré desorbitarme  
sin que parezca la mía también  
una más  
entre las maniobras a que las gentes  
acabarán por acostumbrarnos,  
una más  
entre las falsas actitudes visuales  
que dominan los panoramas del hombre moderno.

Necesariamente ignoro  
lo que, al parecer, es un elemento inevitable

de las noches de veinticuatro horas,  
o incluso de más,  
porque en otro caso me encontraría  
hablando el mismo idioma que mi vecino,  
y no se daría la circunstancia  
(bien que risueña)  
de que pensáramos lo mismo al decir distintas cosas.  
¿O es que lo que suele acaecer  
es que uno de los dos es sordo vergonzante  
y el otro, infeliz, lo desconoce?

¡Pero no las mujeres, no!  
Nunca se vieron dos mujeres del mismo color,  
mucho menos tres, o mil o todas.  
Para llegar a comprenderlo  
no es preciso morir en el año dos mil:  
basta más bien cerrar los ojos,  
basta tal vez acudir a un baile de gala  
en que los invitados  
acaban rechazando el alcohol  
y se desnudan y se marchan al unísono,  
escandalosamente de acuerdo,  
edificadamente de acuerdo.  
Luego, en las altas horas de la noche,  
todos los matices desaparecen  
y los errores más burdos,  
los aciertos más latos,  
se cometen con la más inocente de las conciencias,  
con la más penetrante de las conciencias.

Pero no.  
Las mujeres no.  
No: las mujeres no serán nunca  
mis extranjeros,  
nunca me servirán para ilustrar mis casos:  
mis casos imposibles,  
los que tendré que olvidar  
antes de comprender que no soy yo:  
que son los otros los ausentes.

JAVIER COY